



Arte: Martín Carrizo

## AGUAS PROFUNDAS

Después de mucho caminar, llegó al lugar adecuado. Se sentó en una piedra grande que acomodó contra el tronco de un pino. Iba a quedarse un momento descansando y mirando dónde podía armar la carpa. A unos diez metros vio un claro que le pareció lo suficientemente plano, ya se levantaría para ver si en el suelo sobresalían raíces que pudieran molestarle al dormir.

Respiraba hondo entrecerrando los ojos, escuchando el ruido de los pinos al moverse por el viento, el correr del agua entre las piedras, el canto de un zorzal. "Imposible, todo esto es imposible" pensó. Volvió a contemplar el claro, era perfecto, apenas cinco metros adentro del bosque y a solo quince del río. Sintió hambre y sed, tomó un trago de agua de la cantimplora y sacó de una bolsa un pan casero y una mermelada de zarzamora que compró en un ranchito que estaba donde lo dejó la camioneta. Cortó un poco de pan y lo untó generosamente. Mientras comía se dedicó a mirar la costa del frente; empezaba con una pared de piedra de unos cuatro metros de alto y después seguía en subida lenta, tapizada por paja brava, hasta llegar al pinar unos ochenta metros cuesta arriba. En los pastizales divisó la sombra de una gran ave que planeaba. Se alegró de que ahí estuviera, no necesitaba salir del bosque a observarla para disfrutar de su presencia. Tras estirar el cuerpo y hacer sonar unos huesos, se paró dispuesto a armar el campamento, sabía que en un par de horas comenzaría el atardecer y quería tener todo ordenado para recibir la oscuridad encendiendo un fuego. Inspeccionó el terreno, no había grandes raíces; armó un buen colchón de pinocha para que lo aisle del frío del suelo y empezó a extender la carpa.

Lentamente la costa del frente fue atenuándose. Si bien en la playa todavía estaba bastante claro, la noche ya había ganado el interior del bosque y las luciérnagas empezaban a palpar su luz.

Con el campamento levantado, el equipo ordenado y la leña recogida, se aprestó a armar la fogata. Mientras seleccionaba y colocaba cuidadosamente las ramas y troncos, gozaba de que todo hubiera salido como él quería, si bien era difícil que ocurriera algún percance que lo demorara, no por eso le parecía menos imposible tal perfecta armonía entre el espíritu, el tiempo y los elementos.

Cuando encendió el fósforo le llegó un aviso, sabía que podía ocurrir, se levantó rápido, respiró hondo estirando los brazos y fue a buscar el jarro para preparar la sopa. Después de cenar su sopa, pan con queso y de beber un poco de vino que traía en una bota, encendió un cigarrillo negro con una brasa; no más fósforos.

Al día siguiente se levantó temprano. Caminó hasta el río bajando el paredón de tierra de dos metros que marcaba el cauce de la creciente y luego atravesando la playa de arena dorada rumbo a la costa. Ahí se enjuagó la cara, llenó la jarra y se quedó contemplando transcurrir el agua transparente, de un verde esmeralda. No vio ninguna trucha. Regresó al campamento, buscó una bolsa y salió a atrapar langostas. Debía hacerlo antes de desayunar, luego el sol las calentaría y las sacaría de su letargo, ya sería difícil agarrarlas.

Después de desayunar decidió que caminaría río arriba buscando las truchas; pensaba que al frente del campamento habría bastantes, pero pescaría ahí al atardecer, cuando regresara. Agarró la caña, la bolsa con langostas, unas

cucharitas, la cantimplora, unos sándwichs de pan y queso, otros de pan con mermelada de zarzamora y emprendió viaje.

A media tarde al iniciar el regreso al campamento pensó que había sido un hermoso día, la pesca escasa, pero había visto el cuero que mudó una yarára, huellas de un puma en la arena y también un hermoso cráneo de vaca, de hueso limpio y con cuernos, que decidió dejar en la misma agreste playa en que lo encontró.

Estando ya a solo un par de kilómetros del campamento, decidió sentarse y descansar en una roca, estaba exhausto. Bebió un trago de agua y se tiró el resto en la cara. Contempló el paisaje, veía grandes nubes de pequeños insectos volando enredadamente y reaccionando al mismo tiempo cada vez que un pájaro las atravesaba a gran velocidad para procurarse alguno. Iluminados por el sol de la tarde, brillaban hasta entrar en la sombra de algún pino, donde desaparecían. Le parecía imposible tanta belleza, tanta diversidad en la existencia. También le parecía imposible la existencia. Se agachó a llenar la cantimplora y sintió un ensordecedor silbido que creciendo atravesaba de izquierda a derecha el espacio a sus espaldas para terminar en una tremenda explosión. Se quedó quieto un momento (ya sabía de qué se trataba, después de todo había venido aquí a ganar esa batalla cuerpo a cuerpo), luego terminó de llenar la cantimplora y continuó el regreso al campamento.

En una parte del río un paredón de piedra le impedía el paso por la ribera, debiendo internarse en el bosque, ladera arriba. Ofuscado, se reclamó no recordar tal escollo, debería haber cruzado el río antes, del otro lado solo había playa. Entre los pinos, enormes extensiones de zarzamora que rodeaban una vertiente lo obligaban a dar vueltas y vueltas buscando un paso entre las matas. Sabía lo pinchuda que era y, aún más importante, lo peligroso de caminar sobre rocas donde atravesaban sus tallos pues tiene una savia muy viscosa y ya le había provocado más de un resbalón, uno de ellos de riesgo.

Cuando logró atravesar las matas de zarzamora, emprendió un camino acelerado. Advirtió los hermosos helechos que nacían en el claroscuro del pinar pero no se detuvo a mirarlos. Escuchaba a lo lejos ruido de metralla.

Ya en el campamento, dejó las cosas conservando sólo la caña y algunas langostas, bajó el terraplén de tierra, atravesó la playa y saltó de roca en roca, hasta ubicarse en una que sobresalía en medio del río, de tamaño suficiente como para estar cómodamente sentado. Buscó en la bolsa una langosta que estuviera bien viva, la atravesó dos veces con el anzuelo, luego dejó que la corriente la llevara unos pocos metros, contra el paredón de piedra, donde el río se volvía profundo y sus aguas oscuras. No tuvo que esperar mucho, rápidamente percibió, en el dedo que tensaba la tanza, unos picoteos y luego un tirón fuerte. Recogió la tansa luchando con el animal, era la trucha más grande que había sacado en el día, pero ya tenía suficiente para comer esa noche. Delicadamente le quitó el anzuelo y la devolvió al agua, cuidando no dañar la mucosa que la recubre. Con cariño la observó volver a las profundidades del río, en las que apareció Marcos, su mejor amigo, mirándolo con esa cara de siempre, pálida, extraña, chorreando sangre, sobre su uniforme sucio, perforado, lleno de aureolas húmedas y oscuras... Intentó respirar hondo pero no pudo, temblando sacó un frasquito de su chaleco, lo destapó, depositando sobre la palma de su mano dos pequeñas pastillas celestes...

Cuando se sintió mejor, volvió a la costa saltando las piedras, sacó una pequeña navaja y se puso a limpiar los pescados. Entonces pensaba... también le parecía imposible no poder quitar aquellos horribles momentos de su mente, aquellos horribles momentos imposibles.

A la noche, tras cenar truchas fritas que acompañó con arvejas y vino, encendió un cigarrillo negro con una brasa, caminó unos metros en la negrura de la noche hasta salir del bosque, contempló las estrellas. Trató de imaginarlas en sus tamaños y en sus distancias. “¿Qué es toda esta maravilla?” se preguntó y volvió a alegrarse ante tales incertidumbres.

JUAN  
05/2006